

## EL FASCISMO ENTRE LA MODERNIDAD Y LA GRAN GUERRA

SUSANA HERNÁNDEZ PLÁ

**ABSTRACT.** El fascismo no fue un movimiento casuístico en la historia, ya que nació de la propia dinámica de la Modernidad; y si los Saboya, en los primeros años del siglo XX, no supieron utilizar el “romanticismo”, un hombre, hijo de un zapatero anarco-sindicalista, si lo haría. Ese hombre fue Benito Mussolini, quien usó el desencanto de las masas tras la I Guerra Mundial y de aquellos que creían que los hombres y los Estados se dedicarían a hacer la paz y el progreso. Así, los hijos de la guerra se impregnaron del radicalismo de las masas, de la violencia de las trincheras y de la simplicidad de las pasiones extremas. En medio de esto el fascismo emergió como un nuevo movimiento de base teórica y mística, capaz de mover a las masas con un discurso emotivo. Pero lo más importante es que la historia nos mostró cómo millones de hombres estuvieron listos en entregar su libertad, como listos habían estado sus padres por combatir por ella. Palabras claves: fascismo, modernidad, Estado y totalitarismo.

Año tras años hemos escuchado cómo el fascismo y el nazismo fueron capaces de sacar lo peor del hombre. Año tras año hemos visto cómo los estados no fascistas se encargaron de limitar el mal a Italia y Alemania, principalmente, o a un Mussolini o Hitler “quienes llegaron al poder por suerte y gracia”; pero pocos han sido capaces de ver el fascismo en su sentido más amplio, en el producto de las fuerzas que desataron el gran reto de la modernidad y no como un movimiento casuístico de la historia.

Si es cierto que la Gran Guerra sirvió de catalizador para la explosión de diferentes sentimientos de inconformidad, la esencia de su estallido, así como sus principales consecuencias, se vieron en perfecta armonía respecto a los cambios que se venían imponiendo en las relaciones de producción desde la segunda mitad del siglo XIX; cambios que se iban legitimando tras el avance del capitalismo, del Estado Moderno y de la burguesía.

La modernidad, para 1914, había exigido una dinámica propia que proponía una completa ruptura con el viejo orden. Para ello, las estructuras en el interior de los mercados se habían transformado dando paso al desarrollo de una clase que se perfilaba como la vanguardia del cambio: la burguesía; y la libertad, tras las ideas de John Locke y las revoluciones de las Trece Colonias y Francesa, se enarbolaba como baluarte de los nuevos tiempos, convirtiéndose la libertad de acción en una de las principales características de la sociedad moderna. Esto significaba la movilidad del individuo y la libertad para hacer con sus capacidades lo que deseara, facilitando

---

*Key words and phrases.* Estado, fascismo, modernidad, totalitarismo.

Msc Susana Hernández Plá es profesora del departamento de Historia de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de la Habana.

E-mail: susanahpla@ffh.uh.cu.

el desarrollo del mercado, primero los nacionales, y luego con su ampliación, la conquista de otros.

Para ello la Monarquía Absoluta fue sustituida por el Estado Moderno, un Estado que se constituyó como una organización social donde se concentra la máxima fuerza imponible y disponible de la sociedad, formado por un conjunto de instituciones políticas que a través del monopolio de la violencia legítima impide que el antagonismo degenera en lucha perpetua, no mediando los intereses de las clases contrapuestas sino reforzando el dominio de la clase dominante sobre la clase dominada, a la vez que propone “políticas coherentes” que legitime el Estado y con ello garantice el consenso político. A la vez que la Iglesia Católica, con la capacidad que siempre la ha caracterizado para reformarse en los momentos de cambios, se veía forzada a secularizar muchas de las esferas sociales que dominaba. Esto provocó que los hombres se hallaran bajo una égida de cambios, donde algunos dirigían esos cambios pero otros ni se percataban de lo que estaban viviendo.

La sociedad pasó de ser dominada por los elementos del antiguo régimen para serlo por otra minoría que detentaba el capital en el nuevo sistema imperante. El velo que colgaba sobre las cabezas del hombre feudal fue cayendo para ser suplantado por el “credo moderno”, un credo cargado de racionalidad y de un pensamiento calculador que les obligaba a replantearse los deberes consigo mismo y con la sociedad que le rodeaba.

La modernidad significó la hegemonía de la razón y la “mundanización” del hombre estableciendo una progresiva independencia entre el poder eclesiástico y el poder político, entre la economía y la iglesia cristiana, entre el hombre y su religiosidad. Los movimientos sociales, el desarrollo de la política y la cultura mostraron que los asuntos terrenales tenían una dinámica propia, explicables desde los propios condicionamientos humanos. Era entonces posible una sociedad de individuos racionales guiados por principios laicos, donde se cumplieran el ideal kantiano de la mayoría de edad y el *Dios ha muerto*, de Nietzsche.

Bajo la nueva bandera de progreso que esgrimían los tiempos modernos, los hombres se lanzaron a la conquista de nuevos espacios como una vez lo había hecho el hombre clásico o el tan criticado hombre feudal. Las revoluciones burguesas que ganaron espacio en los principales escenarios del mundo, léase Europa y América, habían erigido estructuras gubernamentales que le abrían la puerta al desarrollo capitalista. Pero era muy iluso suponer que con el apogeo del mercado nacional, del nacionalismo, la burguesía no se saliera más allá de sus “límites”. El propio desarrollo de las relaciones mercantiles y de las fuerzas productivas origina una acumulación de capital que necesitaba ser reubicada ¿y no es la expansión su ley natural?

La modernidad ha institucionalizado el mercado; un mercado que como una gran ola se ha expandido a nivel mundial, absorbiendo a sus homólogos regionales e internacionalizando el consumo. Su organización, mundialización y estandarización llevaría a la necesidad de guerras como nos mostró la iniciada en 1914 y muchas de las que le siguieron. Pero el impacto de la I Guerra Mundial rebasó todas las opiniones de la época. La modernidad había prometido, a diferencia de su antecesor, traer la paz y el progreso a todo el que se dejara llevar por ella, y aunque ya se habían dado guerra de rapiñas, imperialistas, a finales del XIX y principio del XX, mucho pensaban que estaban salvaguardados de los cañones que explotaban en

“esos confines del mundo”. Por lo que el asesinato del Archiduque austro-húngaro impactó al mundo como ningún otro acontecimiento.

Las clases en el poder, representantes del capital y la industria, querían luchar. Así que aquellos que representaban los nuevos tiempos, se valieron de discursos patrióticos y moralistas que lejos estaban de una idea de progreso que llevaría al hombre a un bienestar sin igual.

Si el mercado es la columna vertebral de la modernidad, la libertad es la sangre que mueve todo el cuerpo social. De ahí que ambas estuvieran ligadas en los discursos políticos de la época, discursos que arremetían contra aquellos viejos imperios que aún quedaban en pie y que no armonizaban con la expansión de las relaciones de producción capitalista. A la vez que las clases en el poder buscaban la mejor forma de ir a la guerra, de ganarla, y una desenfrenada propaganda intentaba convencer a las masas que la única forma de salvar las libertades que habían ganado y de obtener un futuro para sus hijos, era yendo a unos fosos que más que vida, les traerían la muerte.

Los pensadores de la época no contaron con que la inminente movilidad de los individuos podría traer cambios en su pensamiento, así como con una Revolución Socialista en contra de los valores modernos podría triunfar en la Rusia zarista o que el desenfreno de los hombres en los campos de batalla, el horror de la muerte y la sangre en las trincheras, podrían hacer renacer los extremismo y chovinismos sociales como vimos con el fascismo. El último, surgido de una mezcla de sentimientos de frustración y revancha, nació de la Gran Guerra, en la Italia de Benito Mussolini, para sembrar la semilla del horror, en toda Europa, tras el ascenso de su más fiel seguidor: Adolfo Hitler -causante principal, a tan solo veintitún años, de la guerra más sangrienta que el mundo moderno conozca, la II Guerra Mundial-. De ahí que, de las numerosas consecuencias que trajo la I Guerra Mundial, sea el nacimiento y el desarrollo del Fascismo italiano el que más me interese dentro de los cien años de conmemoración de su inicio.

Para 1914 Italia no había resuelto los problemas regionales que habían intentado solventarse desde la centuria decimonónica, ya que se encontraba tan fragmentada como los Balcanes en los años noventas del siglo XX. Ni siquiera a la Península Itálica las unía una lengua común. Así que en el siglo de los nacionalismos tuvieron que apelar por una unidad nacional y al único período de “grandeza” que conocían: el Imperio romano.

La reunificación italiana, a través del irredentismo o risorgimento<sup>1</sup>, se vio materializada por procesos simultáneos; por un lado el Conde de Cavour<sup>2</sup>, Ministro del Reino del Piamonte<sup>3</sup>, logró un acuerdo con Napoleón III en el cual expulsó a los Habsburgo, intentó establecer una confederación en la misma y, mediante la sublevación de los estados del norte, obtuvo su adhesión a la región que comandaba bajo el dominio de los Saboya; mientras por otro lado en la Italia sureña, agraria y feudal, marchaba Giuseppe Garibaldi al frente de las camisas rojas y con ideales bien diferentes al mencionado Conde, aunque su fin fuera conquistar las provincias que integraban esta región para luego entregárselas, igualmente, a la casa reinante liderada por Víctor Manuel II. En síntesis, podría decir que el proceso de unificación,

<sup>1</sup> Risorgimento en italiano significa resurgimiento. El movimiento llamaba a volver a la Provincia de Italia, supuestamente unida, que había creado Octavio Augusto.

<sup>2</sup> Nacido en Torino, ciudad principal del Piamonte, aristócrata de ideas liberales como: la industrialización, la secularización del Estado y la monarquía constitucional.

<sup>3</sup> Para la época el Piamonte era la provincia más desarrollada de Italia y la tercera de Europa.

visto como una unidad pero no como una integración –esto es lo que llamarían una unidad a medias-, se dio desde arriba con la administración controlada por los Saboya y media unificada desde abajo por las guerrillas revolucionarias que libraron las fuerzas de la oposición democrática-republicana bajo la dirección de Garibaldi.

Tras el surgimiento del Estado italiano moderno los problemas, que nunca fueron resueltos, se hicieron ver; el principal de ellos, y de la cual emanaban todos los demás, eran las grandes diferencias internas entre regiones, a las cuales los único que las unía era que habitaban la misma península y que antepasados en común habían construido el imperio más grande de Occidente. Pero si los Saboya no se habían percatado de la utilidad de un “romanticismo a lo romano”, el hijo de un anarco-sindicalista zapatero de la norteña Emilia-Romagna sí lo haría.

Benito Amilcare Andrea Mussolini, más conocido como Benito Mussolini, nació en las postrimerías de la Italia decimonónica, entre las corrientes críticas del individualismo moderno y las ideas de progreso vistas a través del porvenir burgués. Pero como buen hijo de su época muy pronto se percató, sobre la base de los valores dispares de la cultura italiana y el fondo de desesperación, que “la solución” era dar respuesta a los tres cómo de las ideas comunistas: ¿Cómo acabar con el individualismo de la sociedad moderna, construir una verdadera comunidad humana y transformar al hombre privado en el hombre público? Para “responderlos” debía, primero, llegar al poder.

Integrante del partido socialista italiano y con ideas que bebían más del ideal de Giuseppe Mazzini y sus *carboneri* que de los socialistas alemanes, abogaba por métodos violentos y la entrada inmediata a la Guerra iniciada en 1914 como no lo hacían los dirigentes de su partido; pues sus propuestas implicaban trascender las diferencias de clases en función de la unidad nacional, donde el deber del hombre era con Dios y la humanidad y no con el Socialismo ni la Democracia. Pero el malestar social, simbolizado en el Irredentismo por la no invitación al reparto de África en 1884 y la desconfianza hacia los nuevos Estados democráticos, junto a otros factores, hizo que en un primer momento el Reino de Italia se inclinara hacia la Triple Alianza, balanza que rápidamente cambió cuando la Entente les prometió parte del pastel tras la I Guerra Mundial.

Pero no por gusto, a esta, los europeos la llamaron la Gran Guerra, en palabras de François Furet

*... tiene en la Historia del siglo XX el mismo carácter catalizador que la Revolución Francesa en el XIX; la cronología lo dice a su manera: Lenin toma el poder 1917, Mussolini en 1922 y Hitler fracasó en 1923*[Furet, François. (1997)]p.58.

Las tres generarían políticas auténticas en cuanto a su realidad histórica, pero muy parecidas entre sí ya que respondían a una coyuntura europea similar, en especial la Revolución Socialista de Rusia y la Italia Fascista de Mussolini, pues Hitler tendría que esperar diez años para llegar al poder.

La I Guerra Mundial provocó el desencanto de muchos que creían que en la Modernidad los hombres y Estados se dedicarían a hacer la paz y lograr el progreso. Los hijos de la Gran Guerra se impregnaron del radicalismo de las masas, de la violencia de la política que recibieron en las trincheras o las pasiones extremas, de la sumisión del individuo a la colectividad y la amargura de los sacrificios inútiles y traicionados. Fueron

*los totalitarismos que nacieron en la entreguerras -1918-1939- portadores de ambiciones inmensas que alimentaron el anuncio del hombre nuevo* (Idem, p.108).

Un hombre nuevo que bebía más de *la voluntad de poder*, de Friedrich Nietzsche que de *la voluntad de vivir*, de Arthur Schopenhauer.

Los regímenes totalitarios fomentaron los gobiernos de partido único; la exaltación de la figura de un líder; la utilización de símbolos; la propaganda intensiva; mecanismos de control social que llevaban a la represión descarada; el imperialismo militarista y el dogmatismo de las ideas que dieron paso, sin vuelta atrás, a la intolerancia. Todas estas características se dieron tanto en los sistemas que querían acabar con el capitalismo como en los nacionalistas extremos que buscaban calmar la angustia del hombre moderno.

El término totalitarismo se utilizó, tras la Gran Guerra, para sustituir uno que ya resultaba insuficiente en el Estado Moderno: despotismo; ahora la sociedad quedaba supeditada a un único partido por medio de la ideología y, muchas veces, al terror. Fue Mussolini quien en 1925, en un discurso, habló de “nuestra feroz voluntad totalitaria” acuñando el vocablo hasta hoy. Por una parte expresaba la supremacía de la voluntad política por encima de cualquier organización social y, en el interior del movimiento político, el papel clave de la decisión dictatorial, llevando las potencialidades del Estado a un punto extremo, recordemos “su frase célebre”: *todo por el Estado y para el Estado*, diría que una actualización del *Estado soy yo de Luis XIV*. Las ideas totalitaristas que llevaron al parlamentarismo a la crisis, tendrían que esperar al gane de la democracia occidental tras la II Guerra Mundial para “terminar”.

Fascismo, nazismo, estalinismo (comunismo para el período entre Guerra), franquismo, rexismo, etc., son todos movimientos totalitarios que difieren en algunos puntos entre sí, producto de las características del sistema cultural del que nacieron, así como el momento histórico en que se dieron. Por eso se hace necesario indicar que el fascismo es un movimiento puramente italiano. Su nombre viene de los movimientos irredentistas que se dan en la península en las últimas décadas del XIX y que apelan al romanticismo en la búsqueda de la unidad nacional; un romanticismo que supuestamente les devolvería la única época de grandeza y unidad que tuvieron: el Imperio romano.

Su símbolo era la Fasces, que consistía en un haz de varas (una por cada tribu de la antigua Roma), donde el mito radicaba en que un haz sola se podía quebrar pero todas juntas era mucho más difícil. Mussolini adoptó el símbolo en 1919 y las camisas negras -elementos pertenecientes a los antiguos *arditi*<sup>4</sup>- para los fasci di combattimenti o grupos de lucha<sup>5</sup>. Integrados, en su mayoría, por los soldados que regresaron de la Guerra, los ex socialistas expulsados del partido y muchos jóvenes del centro norte de Italia, constituyeron el brazo armado del Partido Fascista Italiano antes y durante de su llegada al poder.

La Italia irredenta materializada en las zonas del Trentino, Tirol del Sur, Trieste, Istria y Dalmacia, bajo dominio austriaco, y las áreas francesas de Niza y Córcega,

---

<sup>4</sup> Viene del verbo ardire, que significa osado. Se les llamaba así a las antiguas tropas de asalto que se desintegrarían, prácticamente, tras la I Guerra Mundial. Muchos de sus integrantes se fundieron en los Fasci di combattiment y en los squadristi.

<sup>5</sup> Los crea a raíz de su expulsión del Partido Socialista Italiano por su comportamiento radical, al parecer los socialistas italianos eran bastante moderado para la voluntad de poder del Duce.

después del sistema de tratados de Versalles no fueron todas “devueltas” al reino itálico como sus habitantes esperaban; agravándose el descontento con el traspaso de la zona de Dalmacia a Yugoslavia y la incorporación de Malta a las provincias irredentas también. A esto se le sumaba las constantes huelgas entre 1919 y 1920 en el Piamonte, que conocidas como el *Biennio Rosso* (Bienio Rojo) puso a prueba la fuerza de los squadristi<sup>6</sup> para calmar la situación.

Muy pronto demostraron con sus camisas negras, el símbolo de la calavera y la aplastante derrota de los movimientos obreros de cuál lado se encontraban. Por su voluntad de usar “métodos revolucionarios” si era preciso, como masacrar a los socialistas y comunistas para mantener el orden, Mussolini, al frente de sus squadristi, se ganó el apoyo de algunos sectores conservadores y ricos que no dejaba de alarmarse ante el desarrollo de la revolución comenzada en Rusia desde 1917.

Para 1921, un poco antes de la creación del Partido Fascista, Benito Mussolini había dicho:

*El fascismo es una gran movilización de fuerzas morales y materiales ¿qué se propone? Gobernar la nación! Lo decimo sin falsas modestias ¿de qué modo? Del modo necesario para asegurar la grandeza moral y material del pueblo italiano. Hablemos francamente; no importa el modo concretamente, no es antitético ni convergente con el socialismo, sobre todo aspira a la reorganización nacional y política de nuestro país. Nosotros cambiamos los valores tradicionales, que el socialismo continúe o desaparezca, pero sobre todo, el espíritu fascista sobre todo lo que es arbitrario en el misterioso futuro*[De Felice, F. (1970) ].

Con estas palabras, recogidas en el “Diario della Volontà”, advertía que el accionar de su Estado fascista no tendría límite con el fin de obtener su objetivo ¿cuál era? Ese es uno de los misterios del fascismo, pues los discursos de Mussolini nunca lo dejaron claro.

Exaltó la crítica del porvenir y el progreso humano manejando que estos dejabas al hombre en el libre albedrío; y también al catolicismo y su fin último, usando, para contrarrestarla, las tesis de Nietzsche cuando afirmaba que el fin último provocaba que el hombre no viviera al máximo en la tierra esperando una mejor vida “arriba”, de ahí sus tesis del Eterno Retorno: vive la vida tuvieras que regresar y hacer lo mismo<sup>7</sup>. Exaltó la crítica del Estado Moderno, por tanto su deber era superar las deficiencias de ese Estado que no protegía a los hombres.

Estos son algunos elementos que, junto a los ya mencionados, muestran el eclecticismo doctrinal del movimiento. No obstante Mussolini autodenominó su proyecto “una tercera posición” entre el socialismo y el capitalismo; dotándolo de originalidad cuando ofreció una batalla en contra de tres direcciones: la izquierda revolucionaria, un conjunto de partidos burgueses y la derecha revolucionaria.

A partir de 1920, *gli fasci di combattimenti* ofrecieron una estrategia que serviría para allanarle el camino a los fascistas: aterrorizar a las fuerzas de izquierda para hacer capitular, de rebote, a la monarquía y la burguesía. Se desplazó en contra de un enemigo común o imaginario, interior o exterior, hacia el cual volcar la violencia, logrando la “unidad” de la población. Expansionista y militarista, usó

<sup>6</sup> Dentro de los Fasci di combattimenti, el grupo más violento.

<sup>7</sup> En las obras de Friedrich Nietzsche: *Ecce Homo*; *La Voluntad de Poder* y *Así habló Zaratustra*; se pueden observar estas ideas.

como excusa el irredentismo nacional que más adelante reclamaría Eritrea como suyo y formaría con Hitler y Japón el Eje Berlín-Roma-Tokio; mientras que como componente social, ensayó ser interclasista cuando negó los intereses de clases. De ahí viene su “gran experimento” el corporativismo, que consistió, una vez en el poder, en un sistema económico basado en la unificación a través de corporaciones, dentro del Estado, de todas las organizaciones sindicales: empresarios, laborales, profesionales, etc. Integrado por los representantes de los gremios que lideraban las relaciones productivas, asumían las actividades políticas en la sociedad y dictaban las leyes específicas que atañían a cada sector. Eran una especie de sindicatos verticales que permitían el control del Estado con el objetivo de “garantizar el bien común”.

Tras la Marcha sobre Roma, Víctor Manuel II le entregó a Mussolini el cargo de Primer Ministro al frente de una coalición; coalición que no demoró en palidecer hasta hacerla desaparecer y proclamar al Partido Fascista como única organización política posible<sup>8</sup>. Comenzando así lo que podríamos llamar la fascistación del Estado “todo dentro y por el Estado, nada contra él”. Pactó con la iglesia en los conocidos Acuerdos de Letrán<sup>9</sup>, que en resumen, reconocía la Ciudad del Vaticano en calidad estatal, así como una indemnización a la Santa Sede en un acuerdo “tras bambalinas” donde se comprometían a eliminar el Partido de los Popolare que en un principio resultó ser su único rival fuerte, ya que tenían gran aceptación entre la población y se oponía al régimen sin dejarse sobornar por él.

A pesar de los altos y bajos del Gobierno del Duce, los primeros cinco años de la década del treinta, el gobierno logró una gran aceptación nacional, lo cual se debió a la intensa propaganda y algunas mejoras económicas como la creación del Instituto de Reconstrucción Industrial que concedió créditos, redujo el valor de las acciones e impulsó la cartelización forzosa; promovió la campaña de “Lucha por el pan” que aumentó la producción de trigo; se vio algún fruto en el sistema corporativista destinado a regular, como ya vimos, las relaciones entre el trabajador y el capital; repartió bonificaciones agrícolas; construyó obras públicas lo que generó empleo; frenó la mafia y la Camorra momentáneamente; hizo alarde de la organización que carecía el Reino de Italia cuando se popularizó la frase: durante el Estado Fascista los trenes llegaban en hora.

Pero una pregunta cabe, a manera de conclusión, después de analizar lo antes expuesto ¿cómo el fascismo, con más elementos en contra que a su favor, logró calar tan hondo dentro del ordenamiento social de la Italia de la primera posguerra? Lo primero que tendría que decir era que más del 60 por ciento de la población italiana vivía en condiciones casi feudales, donde las estructuras sociales modernas, que llegaban desde el Norte, empezaban a imponerse al orden tradicional. Así que el fascismo se presentó como un movimiento de salvación y una ideología de ruptura, donde se estableció una especie de dualismo político entre la Monarquía y el Partido

---

<sup>8</sup> Discurso del 3 de enero de 1925 en la Cámara: *Declaro (...) que asumo solo yo, la responsabilidad política, moral, histórica, de todo lo sucedido ¡Si las palabras más o menos son suficientes para colgar a un hombre, traigan el poste y la cuerda! ¡Si el fascismo ha sido sólo aceite, y no una pasión arrogante de la mejor juventud italiana, es mía la culpa! ¡Si el fascismo ha sido una asociación criminal, entonces soy el jefe de esta asociación! ¡Si la violencia ha sido resultado de un clima histórico, político y moral, denme a mí la responsabilidad de esos actos, porque este clima histórico, político y moral lo he creado con una gran publicidad desde sus inicios hasta hoy!*

<sup>9</sup> Mussolini en un discurso dijo que la Iglesia era demasiado fuerte para que cualquier gobierno intentará dominar sin su “aprobación” pero demasiado débil para gobernar Italia por sí sola.

Fascista.; a la vez que ganaba algo que estaba perdiendo el antiguo gobierno: la incorporación de sectores decepcionados que regresaban de la guerra y vagaban por las calles. El fascismo se presentó como un movimiento totalmente nuevo, con un fuerte componente teórico, místico, capaz de movilizar a las masas con las fórmulas emotivas y de pleno empleo.

La Gran Guerra fue considerada por muchos como la última guerra, como la victoria definitiva de la libertad y la democracia. Pero apenas se había acabado cuando aparecieron otros sistemas que se apoderaron de una manera efectiva e integral de la vida social y personal del hombre; era la sumisión de todos los individuos, excepto un puñado de ellos, a una autoridad sobre la cual no podían ejercer vigilancia. Algunos creyeron que era la locura de unos pocos y la capacidad de sus líderes lo que hacía que lograsen tal dominio, mientras otros se satisfacían en pensar que sucedía en culturas que carecían del ejercicio de la democracia en su conformación como Estados Modernos.

La historia nos demostró que en los totalitarismos de la entre guerra, millones de persona estaban dispuestas a entregar su libertad como sus padres lo estuvieron para combatir por ella. Así que propongo cerrar este ensayo con las palabras del filósofo, psicólogo y pedagogo estadounidense John Dewey, y que invitan, desde el presente, a una reflexión:

*la amenaza más seria para la Democracia, no es la existencia de los Estados totalitarios (...). Es la existencia, en nuestras propias actitudes personales y en nuestras instituciones, de aquellos mismos factores que en los Totalitarismos han otorgado la victoria a la autoridad exterior y estructurada la disciplina, la uniformidad y la dependencia respecto de El líder. Por lo tanto, el campo de batalla está también aquí: en nosotros mismos y en nuestras instituciones*[Dewey, J. (1997)]p.27.

#### REFERENCES

- [Acanda, J.L. y Espeja, J. (2008)] *Modernidad, Ateísmo y Religión. Apuntes de un curso*. Aula Fray Bartolomé de las Casas. La Habana: Convento de San Juan de Letrán.
- [Amaro Cano, L. (2002)] (Comp.) *La industrialización y el nacionalismo en la Europa Moderna*. La Habana, Félix Varela.
- [Berman, M. (1989) ] *Todo lo sólido se desvanece en el aire. Marx: el modernismo y la modernización*. Buenos Aires: Siglo veintiuno s.a..
- [Bobbio, N. (1995) ] (Comp.) *Diccionario político*. México: Siglo veintiuno editores.
- [De Felice, F. (1970) ] *Il Fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*. Bari: Laterza.
- [Dewey, J. (1997)] *Libertad y cultura*. en: Erich Fromm. *El miedo a la libertad*, Barcelona: Paidós.
- [Fromm, E. (1997)] *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- [Furet, Françoise. (1997)] *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- [Hobsbawm, E. (1998)] *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori.
- [Wagner, P. (1997)] *Sociología de la modernidad*. Barcelona: Herder s.a..